

Las concepciones generales monistas, integradoras y dualistas en el tratamiento de tensiones sociológicas

Monism, integration, and dualism as general conceptions to handle sociological tensions

Pedro Giordano* y Gastón Becerra**

RESUMEN: Proponemos una herramienta analítica denominada "concepción general" para referir a cómo distintos programas teóricos tratan algunas discusiones de la sociología, que se pueden ordenar bajo la forma de tensiones entre dos polos. Identificamos tres posibles concepciones: el monismo, que acentúa uno de los polos; la integración, que los vincula y sintetiza; y el dualismo, que remarca su diferencia. Ilustramos al monismo con la obra de Alain Touraine; la integración con la propuesta por Pierre Bourdieu; y el dualismo con Niklas Luhmann. Para realizar la tarea, cada programa es analizado en torno a tres tensiones: el recorte del ámbito objetual de la disciplina (individuo/sociedad), supuestos epistemológicos (conocimiento/realidad), y el sentido de la sociología (descripción/crítica). Además, para ampliar esta caracterización reseñamos brevemente algunas propuestas de Francois Dubet, Danilo Martucelli, Anthony Giddens, George Ritzer y Margaret Archer. Por último, argumentamos que la concepción general puede ser una herramienta útil para hipotetizar un rasgo identitario de los programas, establecer vínculos con otros, y examinar su coherencia interna y señalar posibles nuevas preguntas teóricas.

PALABRAS CLAVE: Concepción general; Monismo; Integración; Dualismo; Teoría sistemática

ABSTRACT: In this paper we propose an analytical tool called "general conception" to refer to how different theoretical programs treat some discussions of sociology that could be understood as tensions between two poles. We identify three possible conceptions: monism, which accentuates one of the poles; integration, which links and synthesizes them; and dualism, which highlights their difference. We illustrate monism with the work of Alain Touraine; the integration with Pierre Bourdieu's sociology; and dualism with Niklas Luhmann. To achieve this, each program is analyzed under three tensions: the definition of the scope of the discipline (individual/society), epistemological assumptions (knowledge/reality), and the meaning of sociology (description/criticism). In addition, to broaden this characterization, we briefly review some proposals by Francois Dubet, Danilo Martucelli, Anthony Giddens, George Ritzer and Margaret Archer. Finally, we argue that the general conception can be a useful tool to hypothesize an identity feature of the programs, establish links with others, and to examine their internal coherence to point out possible new theoretical questions.

KEYWORDS: General conceptions; Monism; Integration; Dualism; Systematic theory

* Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Argentina / Universidad de Flores, Argentina, pedrogiordano83@yahoo.com.ar

** Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Tecnológicas, Argentina / Universidad de Buenos Aires, Argentina / Universidad de Flores, Argentina, gastonbecerra@sociales.uba.ar

INTRODUCCIÓN

En este artículo planteamos un ejercicio de observación de segundo orden sobre el tratamiento que distintos programas teóricos le dan a una serie de tensiones propias de la comunicación sociológica. Ello resulta en una herramienta analítica a la que denominamos concepción general y con la que buscamos aportar al área de la sociología sistemática. Para realizar el ejercicio, en primer lugar, proponemos ordenar el espacio de discusión entre dos polos o alternativas que, al estar efectiva o aparentemente enfrentadas, constituirían una tensión. Luego, identificamos concepciones y no posiciones: detallar una posición consiste en determinar su lugar a lo largo de un eje, indicando cuán cerca o lejos se ubica de cada polo; nuestra idea de concepción, en cambio, pretende especificar el vínculo que se entabla entre dos alternativas en tensión.

En principio, asumimos que existen tres posibles concepciones: (1) el monismo acentúa uno de los polos; (2) la integración vincula y sintetiza los dos polos; (3) el dualismo restituye y sostiene la diferencia entre los polos.

Consideramos que al enfocar en la concepción es posible caracterizar a los programas de modo más abstracto y generalizable, pues la categoría no solo aplica a una tensión en particular, sino que puede utilizarse para observar el abordaje de distintas tensiones. Ello habilita a otro tipo de análisis, de carácter comparativo, que permite hipotetizar sobre una concepción general, a la que definimos como un rasgo identitario de los programas en cuestión. Esto es especialmente útil para evaluar su coherencia interna e identificar problemas a resolver. Además, entendemos que también podría resultar pertinente para cotejar programas teóricos alternativos. En base a estas consideraciones, en un trabajo reciente (Giordano y Becerra, en prensa) comparamos las concepciones generales de Pierre Bourdieu y Niklas Luhmann, concluyendo que el primero es integrador, mientras que el segundo es dualista. De ese modo, intentamos reflexionar qué significa cuando se afirma que Bourdieu es un autor sintético y Luhmann un teórico de la diferencia. En este trabajo revisaremos los resultados obtenidos y ampliaremos el cotejo incorporando nuevos programas a nuestro corpus.

El modo en que entendemos a la concepción la emparenta con otras nociones con las que podría compartir cierto aire de familia. Una de ellas es la de heurística que, en términos de Judea Pearl (1985), involucra principios para agilizar o simplificar la toma de decisiones entre cursos de acción. Estas no son reglas que se siguen de manera totalmente sistemática, sino más bien direcciones generales para abordar un problema. Así, por ejemplo, podríamos plantear la pregunta sobre si un programa teórico que busca la síntesis entre individuo/sociedad o descripción/crítica, también seguiría esta tendencia con respecto a otras tensiones, tales como micro/macro, o cualitativo/cuantitativo.

Por otro lado, podría explorarse si la concepción general de un programa teórico es producto de una concepción del mundo [*Weltanschauung*]. De ser así, se aproximaría a la noción de marco epistémico utilizada en los análisis de la epistemología interna de algunos campos de la psicología (Castorina, 2022). En ellos, se sostiene que el pensamiento psicológico moderno ha estado marcado por dualidades, tales como individuo/sociedad o hecho/valor, y que se puede distinguir entre dos grandes modos de tratarlas: uno hegemónico que tiende a disociar tales elementos, cayendo en reduccionismos que se expresan en concepciones de un individuo aislado, o en criterios de objetividad que limitan la reflexión de los valores sociales en la investigación psicológica; y otro que apuesta por su relación, construyendo un sujeto de indagación vinculado con el mundo social, y una investigación socialmente condicionada. A la vez, en un trabajo reciente se ha argumentado que estas concepciones operan en el campo científico emergente que indaga al *big data* (Becerra y Castorina, 2023). En todos estos casos, se asevera que el marco

epistémico es la expresión de una cultura científica condicionada por concepciones y valores sociales que se pone de manifiesto en la historia de las reflexiones de cada campo.

A fin de complejizar nuestra herramienta, en el presente trabajo examinamos las tres concepciones generales expuestas. En la primera sección ilustraremos la monista con la obra de Alain Touraine. En la segunda, la integración con la propuesta por Pierre Bourdieu; en la tercera, el dualismo con Niklas Luhmann. Cada programa será analizado en torno a las siguientes tensiones: (T1) individuo/sociedad, que remite al recorte del ámbito objetual de la disciplina; (T2) conocimiento/realidad, que direcciona la mirada en torno a sus epistemologías; y (T3) descripción/crítica, que indaga cómo se entiende la práctica sociológica. Además, para que la caracterización de la concepción no se limite a los casos escogidos, indagaremos los trabajos de Francois Dubet, Danilo Martucelli, Anthony Giddens, George Ritzer y Margaret Archer respecto de la primera tensión. Por último, en las conclusiones se explora la valía de la concepción general para establecer un rasgo identitario de los programas, evaluar su coherencia interna y efectuar comparaciones con otros, y finalizamos sugiriendo algunas preguntas y líneas de revisión para próximos trabajos.

1. MONISMO

Los programas monistas se definen por tematizar tensiones asumiendo, en general, que un polo es factor explicativo suficiente. Para ejemplificar esta concepción concentramos la atención en Alain Touraine quien, desde la publicación de *Sociología de la acción* (Touraine, 1969), desarrolla una carrera intelectual manifiestamente orientada por el punto de vista de la acción y enfrentada al del sistema. Su planteo parte de la crítica a la sociología clásica —un corpus teórico agrupado en torno al principio que informa sobre la reciprocidad entre sistema y actor (Touraine, 1987)—, útil para caracterizar a las sociedades modernas e industriales, pero obsoleto para captar lo propio de una nueva era, post-social y post-histórica (Touraine, 2016).

En referencia a la T1, que remite al ámbito objetual de la disciplina, busca distanciarse de la manera en la que la sociología clásica, según su opinión, plantea la integración por la cual la conducta se rige por su papel en el funcionamiento del sistema. Desde ese marco, en su esfuerzo por cumplir con los deberes sociales, el actor termina asimilando la lógica sistémica, y ello lo convierte en un mero reproductor del orden. En una época donde los individuos ya no se definen por su posición en la organización social, anuncia el fin de las sociedades, o de la sociedad en tanto que categoría general de análisis y de acción (Touraine, 2016). El lugar explicativo central que deja vacante el concepto de sociedad, propone ocuparlo por las nociones de acción, sujeto y actor, que se articulan de la siguiente manera: la acción es una “conducta que aumenta la capacidad creadora, sea de un individuo o de un grupo” (Touraine, 2016: 9); el sujeto se define por la “capacidad de un individuo de transformarse en actor y así acrecentar su capacidad de acción libre y creadora” (Touraine, 2016: 9). Con todo, es gracias al sujeto que el individuo se convierte en un actor capaz de ampliar su libertad más allá de todo determinismo y consolidar una posición de autonomía y responsabilidad desde la cual reivindicar y defender derechos de alcance universal. Con este movimiento, el foco se corre hacia la capacidad de autocreación de actores, que ya no se definen en relación con la sociedad o el sistema, sino que descubren por sí mismos el sentido de su acción.

Esta concepción también se hace presente en el tratamiento de la T2, acerca de la discusión epistemológica. Su propuesta persigue el objetivo de que el investigador logre identificarse con el actor, dedicándose a la extracción y elaboración del sentido de las prácticas y a contribuir en su entendimiento y posible modificación. Ello implica el paso de la acción al análisis, para

posteriormente observar si el sentido elaborado modifica el comportamiento (Touraine, 1987). Para afrontar la tarea, este desarrolla el método de la intervención sociológica, concentrado en grupos de actores que participan en una acción colectiva y que se ven como responsables de un movimiento más amplio. El método consta de dos aspectos que deben articularse: el autoanálisis de los actores, llevado adelante por intérpretes que buscan aprehender la conciencia de la acción colectiva; y la conversión, que se logra solo si el grupo investigado adopta la hipótesis sociológica sobre la significación de su acción para reinterpretar a su historia y proyectar nuevas situaciones e iniciativas. El proceso de investigación es de corte experimental, pues elabora las condiciones de verificación de las hipótesis, y de larga duración, ya que va de la acción al análisis para que luego el análisis retorne a la acción.

En cuanto a la tensión descripción/crítica, y ante la pérdida de significación de las prácticas sociales que constituyen a su objeto, sostiene que el papel de la sociología derrocar las apariencias del sistema social y hacer aparecer el sujeto, permitiendo a los seres sociales transformarse en actores y hacerse cargo de los modos de modernización y de los mecanismos de institucionalización (Touraine, 2016). Lejos de abogar por algún tipo de neutralidad, afirma que el análisis sociológico se encuentra intrínsecamente vinculado a juicios de valor y a cuestionamientos éticos, y que incluso la disciplina debería devenir en una sociología ética o sociología de los actores (Touraine, 1987) que realce el papel medular de los juicios morales en el análisis de la conducta social y defienda los derechos humanos fundamentales, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Estos valores de referencia se pretenden universales y situados por encima de las instituciones, las leyes y el Estado.

Francois Dubet y Danilo Martuccelli son continuadores de esta línea de argumentación que, en virtud de la polarización entre los conceptos de acción y sistema, explicitan su predilección por el primero. Para Dubet, la idea de sociedad es un invento de la sociología clásica para delimitarla temporalmente —como sociedad moderna—, espacialmente —en los Estados-nación—, y caracterizarla como unidad funcional que regula el conflicto (Dubet, 2010: 12). Continuando con el diagnóstico de crisis de la categoría de sociedad, analiza el declive de las instituciones modernas, que habrían dejado de crear un orden simbólico homogéneo y de formar sujetos adecuados a él (Dubet, 2006). Dado que los individuos nunca se encuentran plenamente socializados ni integrados en torno a un rol, entiende que la sociología debe concentrarse en examinar cómo ellos construyen sus propias experiencias (Dubet, 2010); o sea, que debe atender a las representaciones, emociones y conductas del actor y a las formas mediante las que da cuenta de ellas. La novedad que presenta su sociología de la experiencia es el interés por investigar la combinación de las lógicas de la acción con las lógicas del sistema. Las primeras deben atender a cómo el actor configura su identidad integrando valores culturales; desarrolla estrategias para competir por distintos bienes; y se convierte en sujeto comprometiéndose con distintos modelos culturales. Las segundas, en contraste, deben contemplar cómo el sistema integra normas sociales y valores culturales que estabilizan conductas individuales; y pone a disposición reglas y obligaciones de interdependencia, preexistentes al actor. Además, corresponde ponderar mecanismos mediadores, tales como la socialización —espacio en el que se procede a la integración—, el juego —imagen que da cuenta de la racionalidad mixta entre actor y sistema—, y el vínculo entre representación del sujeto y relaciones sociales.

Un movimiento similar se encuentra en la obra de Martuccelli, que busca elaborar una macrosociología a escala del individuo, capaz de atender a la propiedad ontológica fundamental de lo social: “cualquiera que sea el sistema de condicionamientos, prácticos y simbólicos, al cual esté sometido un actor (individual o colectivo), éste siempre puede actuar, y sobre todo, actuar

de otra manera” (Martuccelli, 2009: 6). Al dejar de ser el gran contendor de las prácticas, considera que la sociedad se ha vuelto anacrónica, por lo que su centralidad explicativa debe ser moderada. En contraposición, insta al desarrollo de una sociología de la individuación que postula que la acción es la realidad primera de la vida social, que su carácter es inaprensible y que existen múltiples mediaciones simbólicas entre los actores y el mundo objetivo; por tanto, su objetivo consiste en aprehender los procesos mediante los cuales los individuos son estructuralmente fabricados por la sociedad durante períodos históricos determinados (Martuccelli y de Singly, 2012). El operador analítico adecuado para afrontar la tarea es la categoría de prueba, que estudia las trayectorias que atraviesa el individuo durante su vida, sean institucionales –la familia, la escuela, la ciudad, el trabajo– o sociales –la historia, los colectivos, uno y los otros (Martuccelli, 2007).

2. INTEGRACIÓN

Uno de los autores que más explícitamente ha defendido una concepción integradora es Pierre Bourdieu, para quién las tensiones son producto de falsas oposiciones planteadas por el pensamiento sociológico. Aunque efectivamente expresan conflictos internos al campo, cree que obstaculizan el correcto entendimiento de una realidad social donde los polos ya se encuentran integrados. Entre una extensa lista de tensiones, informa que la más ruinosa es la que separa artificialmente al subjetivismo del objetivismo. Al universalizar experiencias de sujetos plenamente libres que solo encuentran restricciones en sus propias decisiones, el subjetivismo se limita a describir experiencias vividas en el mundo social y niega la existencia de factores estructurales. Alternativamente, en su búsqueda por establecer regularidades objetivas, independientes de las conciencias y de las voluntades individuales, el objetivismo pierde de vista el rol creador del agente y dota a sus construcciones de eficacia social para constreñir real y directamente a las prácticas (Bourdieu, 2007). Ante ese panorama, elabora su teoría de la práctica con la que aspira a sintetizar ambos puntos de vista, conservando sus logros y superando sus inconsistencias teóricas. Uno de sus principios nodales anuncia la existencia de una “complicidad ontológica entre el habitus y el campo” (Bourdieu, 2002a: 51), clave para sostener que la oposición entre individuo y sociedad es sólo aparente, ya que uno y otro se encuentran integrados en la práctica social. El habitus refiere a un sistema de disposiciones adquiridas –porque se interioriza en los cuerpos como si se tratara de una cuasi-naturaleza–, permanentes –porque es historia subjetivada que acompaña cada práctica– y generadoras –porque la presencia actuante del pasado es el germen de nuevas experiencias–. En su conceptualización se puede apreciar el afán sintetizador: por un lado, consta de una dimensión subjetiva, que contempla el carácter activo del sujeto, para quien el habitus es el arte de la invención o “capacidad infinita de engendrar en total libertad”; sin embargo, esa “total libertad” está siempre “controlada” (Bourdieu, 2007: 90), por el propio habitus. De ese modo, también incorpora la dimensión objetiva, ya que el habitus excluye la realización de prácticas impensables o improbables, orientándolas hacia el orden, al mismo tiempo en que las hace querer ser parte. Por su lado, afirma que los campos son espacios relacionales dentro de los cuales los individuos ocupan posiciones específicas y en los que se disputan distintos tipos de capital. Se trata de microcosmos relativamente autónomos, a los que suele emparentarlos con arenas de batalla para graficar las relaciones de lucha y poder inherentes a ellos. Si la trayectoria del agente es el factor que explica el arribo a un campo particular, el desenvolvimiento dentro de este se manifiesta en la estrategia que despliega para acrecentar su capital. Dentro de la lógica relacional esbozada por Bourdieu, habitus y campo se entrelazan para explicar el devenir de las prácticas en el espacio social. A sus ojos, su correcta vinculación permitiría comprender

que tanto objetivismo y subjetivismo como individuo y sociedad constituyen falsas antinomias, pues “la realidad social existe, por decirlo así, dos veces: en las cosas y en las mentes, en los campos y en los habitus, fuera y dentro de los agentes” (Bourdieu y Wacquant, 1993: 84).

Este esfuerzo también se replica en su búsqueda por desarmar algunos “binomios epistemológicos” (Bourdieu, 2001: 14) surgidos del enfrentamiento entre el logicismo de filosofías como las de Frege o Russell y el relativismo de las sociologías de la ciencia de autores como Bloor, Latour o Woolgar. Su propuesta, explicitada en *El oficio de científico*, es dar con una sociología reflexiva de la ciencia que permita “asociar una visión realista del mundo con una teoría realista del conocimiento” (Bourdieu, 2001: 14). Desde ese plano, se conceptualiza a la ciencia como un campo en el que se disputa el capital de la autoridad científica y se observa que su estructura está definida por el estado de correlación de fuerzas entre diversos investigadores. Estos, en vistas de su trayectoria y posición en el campo, se ven condicionados por sus habitus en sus elecciones, decisiones, y formas de hacer ciencia. En otro orden, la necesidad de convenciones y acuerdos mutuos entre competidores ofrece las condiciones para la validación de los conocimientos, ya que se motiva a convenir reglas que definen su producción, incluyendo principios de verificación, métodos comunes de legitimación de hipótesis, etc. Al ubicar la dinámica del campo en el centro de la observación, Bourdieu plantea un corrimiento en el basamento individualista de nociones centrales como objetividad y racionalidad, y las asienta en la dinámica social. Así, señala que “lo verdadero es el conjunto de las representaciones consideradas verdaderas porque son producidas de acuerdo con las reglas que definen la producción de lo verdadero” (Bourdieu, 2001: 127). Con esa mirada, apuesta a que las ciencias sociales aporten a la epistemología y filosofía de la ciencia, aclarando de qué manera una verdad transhistórica puede emerger de una actividad constructiva emplazada en la historia: “La ciencia es una construcción que hace aparecer un descubrimiento irreductible a la construcción y a las condiciones sociales que lo han hecho posible” (Bourdieu, 2001: 136).

En relación con la T3, también se aprecia el esfuerzo por vincular la descripción y el análisis sociológico con la crítica y la praxis política. Para Bourdieu, la sociología tiene una misión: romper con el sentido común y hacer visibles los mecanismos de dominación que perpetúan la desigualdad entre grupos sociales. Este objetivo se puede observar en varios momentos de su obra teórica y empírica, desde los estudios realizados en Algeria en los que se anticipan conceptos centrales como el habitus o la mirada topológica de los campos para pensar la situación colonial como una relación de dominación, o sus trabajos de los años setenta en el terreno de la educación, denunciando que la igualdad formal y la ideología del don natural esconden desigualdades de oportunidades (Bourdieu y Passeron, 2009). En contra de cualquier neutralidad valorativa o axiológica, a la que entiende como un auto-condicionamiento mutilante, sostuvo la necesidad de “superar la vieja alternativa entre utopismo y sociologismo para proponer utopías sociológicamente fundadas” (Bourdieu, 2002b: 10). Para ello, ubica a la sociología en el terreno de lo público y le encarga romper con el sentido común para “elevar la conciencia crítica de los mecanismos de violencia simbólica que accionan en la política” (Bourdieu, 2002b: 211). Esto pone a los sociólogos en conflicto con figuras del debate público, por ejemplo, periodistas políticos, intelectuales mediáticos y ensayistas, a los que denomina “doxósofos”. Finalmente, para que la sociología pueda cumplir este objetivo, insiste en la condición identificada en la tensión anterior: se requiere de una reflexividad capaz de dar cuenta de las propias condiciones sociales de producción del discurso sociológico, de aplicar la crítica a la crítica, y del socioanálisis colectivo que garantice la independencia y la autonomía intelectual.

Bourdieu es solo uno de los numerosos programas que siguen una dirección integradora en el tratamiento de tensiones. Por caso, cuando releva el estado de la teoría social, Anthony

Giddens destaca el predominio de un dualismo signado por la competencia entre dos imperia- lismos, uno que pondera la relevancia de la estructura para explicar lo social, y otro que, en cambio, prioriza a la acción. Para concluir con esa situación que impide el debate y obstaculiza el avance científico, elabora la teoría de la estructuración, basada “en la premisa de que este dualismo se tiene que reconceptualizar como una dualidad” (Giddens, 1991: 22). La tarea consiste en demostrar que los términos en cuestión no son entidades independientes y mutuamente excluyentes, fomentando su integración en una misma matriz analítica. Así, a fin de examinar cómo se produce, reproduce y transforma la realidad social, la teoría de la estructuración apunta a reconceptualizar las nociones clásicas de individuo y sociedad. En primera instancia, reinter- preta al individuo como un agente diestro y capaz. La destreza implica el entendimiento del mundo en el que se actúa (el de sentido común) y se liga a una conciencia práctica –vinculada al conocimiento que los individuos tienen acerca de las condiciones sociales en las que se insertan– y a otra discursiva –vinculada a la comprensión teórica que los individuos poseen sobre los fun- damentos de su actividad. La capacidad implica la posibilidad de actuar de otra manera y se relaciona con el poder de todo agente de transformar la realidad social. A ellos se añade la refle- xividad, la posibilidad de mantener un registro continuo de la acción. En segundo lugar, en tanto producto de la rutinización y recursividad de prácticas cotidianas, las estructuras son propiedades de los sistemas sociales con carácter dual: originan influjos constrictivos sobre el agente, limi- tando el universo de posibilidades de su actividad, y además son habilitantes, generadoras de acciones. Según el planteo de Giddens, existen acciones no intencionales cuyas consecuencias escapan al control de quien la realiza. Ello conduce a la idea de consecuencias no buscadas de la acción, “actividades repetitivas, localizadas en un contexto de tiempo y de espacio, tienen con- secuencias regularizadas, no buscadas por quienes emprenden esas actividades, en contextos de un espacio-tiempo más o menos «lejano»” (Giddens, 1991: 51). El fluir de la conducta humana intencional, entonces, puede desencadenar prácticas institucionalizadas, de hondo arraigo espa- ciotemporal. A la vez, las consecuencias no buscadas pueden convertirse en condiciones inad- vertidas de futuras acciones, siendo el ciclo de retroalimentación entre ambas lo que cierra la reconceptualización de las estructuras.

En el marco de la metateoría, George Ritzer (1993) se suma a las voces que procuran integrar los dos tipos de extremismos que consideran imperantes en la teoría sociología estadou- nidense hasta la década de 1980, el macrosociológico y el microsociológico. Desde su óptica, el problema radica en que, al enfatizar la relevancia de uno de los polos, cada extremismo aviva la idea de que efectivamente existe un abismo conceptual con el otro. Para confrontar ese supuesto, propone desarrollar un paradigma sociológico integrado. En primer lugar, debe conectar los tres paradigmas que dominan la disciplina: el de los hechos sociales –modelado por la tesis de Emile Durkheim acerca de la influencia que los hechos sociales, las instituciones y las estructuras ejer- cen sobre el pensamiento individual–, el de la acción social –ejemplificado en los análisis de Max Weber sobre la relevancia de la acción en la definición de las situaciones sociales– y el de la conducta social –que remite a la psicología de Burrhus Skinner y se interesa por examinar la conducta irreflexiva de los individuos. Luego, además de considerar las variaciones teóricas entre ellos, el nuevo paradigma tiene que detallar los distintos niveles analíticos del mundo social, con- siderando dos tipos de *continuum*: el micro-macro, basado en la idea de que los fenómenos sociales presentan diferencias de magnitud; y el objetivo-subjetivo, asentado en la distinción existente entre los eventos reales y materiales y el reino de las ideas. Al entrecruzarlos deriva un esquema con cuatro niveles: a) el macro-subjetivo, compuesto por grandes realidades no materiales –la cultura, las normas, los valores, etc.; b) el macro-objetivo, conformado por grandes realidades materiales –la sociedad, el derecho, la burocracia, la tecnología, el lenguaje, etc.; c) el micro-

subjetivo, constituido por procesos mentales con los que las personas construyen la realidad social; y d) el micro-objetivo, organizado en torno a pequeñas entidades materiales –pautas de conducta de acción e interacción. Finalmente, el paradigma debe dar cuenta de que, en el mundo social, los cuatro niveles se interrelacionan dialécticamente.

3. DUALISMO

El dualismo es la forma de tratar las tensiones que observamos en la sociología de Niklas Luhmann. Esta incluye desarrollos en una epistemología constructivista, un vasto armamento conceptual en el que prima la teoría de los sistemas sociales, y sobre la que se erige una teoría de la sociedad. En nuestra lectura, la concepción de este programa toma ambos polos de una tensión como irreductibles y disponibles para la selección en operaciones subsiguientes. Los fundamentos de este tratamiento de las tensiones se encuentran en la cibernética y la teoría de la observación, que destacan la diferencia como principio, y rastrean cualquier unidad a un observador. El caso paradigmático es el de los sistemas sociales autopoieticos, que se constituyen a partir de la auto-observación que distingue entre sistema y entorno, y cuya auto-reproducción no persigue más que el mantenimiento de esta diferencia. En suma, toda referencia óptica está puesta junto al esquema que le da unidad, generando una paradoja que queda abierta para un cambio de referencia.

En la T1, entre individuo y sociedad se postula una doble exclusión que ubica a cada elemento en el entorno del otro, y reafirma su autonomía a través del mecanismo de la clausura operativa. Si bien sistemas psíquicos y sociales comparten el medio del sentido, en su funcionamiento enlazan recursivamente operaciones propias: pensamientos y comunicación (Luhmann, 1998). Al optar por la comunicación como operación basal de los sistemas sociales, Luhmann introduce dos innovaciones teóricas relevantes: en primer lugar, se aleja de una definición que la emparenta con la transmisión intencionada de información, lo que en última instancia la ataría causalmente al individuo; en segundo lugar, adopta el modelo de la autopoiesis, originalmente elaborado por Humberto Maturana y Francisco Varela, en tanto pieza central de una teoría de la autoorganización de los sistemas vivos. Así, afirma que la comunicación es un proceso autorreferencial y recursivo basado en selecciones y en conexiones marcadas por la aceptación o el rechazo de propuestas de selección previas, y en la clausura o reapertura del ciclo. Como resultado, la comunicación constituye la unidad de sus propios elementos al relacionarlos, y los sistemas que emergen de allí se distinguen a sí mismos de su entorno por una selectividad que les es propia. Si bien es claro que existen condiciones de posibilidad de orden biológico, físico y psicológico en la comunicación, éstas tampoco pueden explicar el surgimiento de sus estructuras, de modo que resulta ser la “única operación genuinamente social” (Luhmann, 2007: 57). Por otra parte, resulta pertinente enfocar a los sistemas psíquicos para trazar paralelismos con los sociales. De hecho, encontramos en varios trabajos de Luhmann referencias a Floyd Allport –referente de la psicología social anglosajona sistémica–, y a conceptualizaciones provenientes de psicólogos cognitivos –e.g., *scripts*–. En cuanto a la posibilidad de establecer vínculos entre sistemas, se la especifica con los conceptos de interpenetración y de acoplamiento estructural. También vale destacar su proyecto de formular una teoría de la sociedad que describe a la sociedad moderna bajo el diagnóstico de la diferenciación funcional de los sistemas sociales, en subsistemas capaces de operar bajo condiciones de mayor especificación que los disponen para un tratamiento más complejo de distintas problemáticas. Entre los que ocuparon a Luhmann se encuentran: la política, la ciencia, la economía, el arte, la religión, la educación, la comunicación masiva, las relaciones interpersonales, el derecho, etc., y estudios más recientes de otros autores incluyen al sistema

financiero, el deporte, la salud, el turismo, el ocio, la tecnología, entre otros. Para Luhmann, en las sociedades modernas no hay funciones sociales fundamentales, ya que, de haberlas, tendría que existir un sistema predominante sobre los demás; del mismo modo, la sociedad tampoco distribuye la comunicación, ni coordina los rendimientos de los subsistemas. En consecuencia, la imagen de la sociedad ofrecida es policéntrica y heterárquica (Luhmann, 2007).

La preeminencia de la diferencia, y con ella la marca de la dualidad, también se vuelve visible en la T2 entre constructivismo y realismo. Por un lado, Luhmann abona a la tesis de la inaccesibilidad de la realidad en sí misma, ya que toda observación supone la introducción de una diferencia. Esto lo ubicaba en línea con algunas epistemologías idealistas, como él mismo reconoce en diversas ocasiones (Luhmann, 1990, 1997, 2006). Sin embargo, entiende que, con la constatación de la clausura de los sistemas cognitivos como un fenómeno empírico en varios campos del conocimiento, el constructivismo registra una novedad: ya no busca la identidad del conocimiento y la realidad a pesar de la clausura, sino que pasa a observar la construcción de una complejidad propia gracias ella. Por otro lado, reafirma el realismo al evitar caer en solipsismos, recordando que las diferencias se introducen con operaciones fácticas y materiales de los distintos sistemas sociales que, además, operan en un mundo con condiciones que no son enteramente entrópicas y que restringen y condicionan lo que se puede conocer de él (Becerra, 2018; Becerra y Castorina, 2018; Giordano, 2018, 2021). Esto le permite redefinir nociones centrales de la epistemología con fórmulas que toman la forma de paradojas, y que son producto de restituir el dualismo, remarcar su diferencia, y dejar abierta la posibilidad de que estos términos se problematicen mutuamente como una *re-entry* de un lado en el otro. Por ejemplo, refiere a que “la cognición trata con un mundo externo que permanece desconocido y que debe, como resultado, ver que no puede ver lo que no puede ver” (Luhmann, 1990: 65), o propone: “[hablar ...] de ‘mundo’ para indicar la unidad de la diferencia entre ‘sistema y entorno’ [...] [y] de ‘realidad’ para indicar la unidad de la diferencia entre ‘cognición y objeto’” (Luhmann, 2006: 256).

En cuanto a la T3 (descripción/crítica), notamos un deslizamiento hacia una concepción que limita, o directamente restringe, la posibilidad del segundo término. Para Luhmann (1992), la crítica fundada en pretensiones normativistas o ideológicas introduce bloqueos, condicionamientos y expectativas que coartan el despliegue de la observación. El condicionamiento del que busca librarse más enfáticamente es el del humanismo, la creencia de que pueda fundarse un proyecto racional para la sociedad en base al individuo. De ese modo, se distingue especialmente de la teoría crítica, en la que detecta reclamos morales que dirigen una observación de la sociedad permanentemente en crisis y en falta con los principios de la razón, y a ello responde que “... lo que habría que entender ... es por qué la sociedad se causa tantos problemas a sí misma, independientemente de la intención de mejorarla [y que] La sociología tendría que comprender su relación con la sociedad como una relación de aprendizaje y no de enseñanza” (Luhmann, 2007: 10). En su opinión, este tipo de enfoques normativos involucran una autolimitación de la observación, ya que estos suponen la introducción de niveles inviolables que esconden la contingencia y la resignan a una observación de primer orden, que le impide ver, entre otras cosas, que ella misma es parte de la sociedad (Luhmann, 1992). Su proyecto pondera, en su lugar, un escepticismo y una ilustración sociológica que se fundamente en la observación de segundo orden y genere descripciones más abstractas (Luhmann, 1973, 2007).

Para ampliar el panorama enfocaremos en el dualismo analítico de Margaret Archer (2009), que observa la tensión entre individuo y sociedad a la luz de la distinción agencia/estructura. A fin de eludir las teorizaciones de corte conflacionista, holistas, atomistas o elisionistas, en base a una ontología realista, expone una cuarta alternativa, centrada en el emergentismo. Se trata

del dualismo analítico, metodología ideada para comprender la naturaleza del vínculo entre agencia y estructura, dos aspectos del mundo social íntimamente entrelazados, pero analíticamente diferentes. Según este, agentes y estructuras constituyen dos estratos con propiedades emergentes propias, lo que significa que ambas son autónomas y causalmente eficaces, razón por lo cual no se puede reducir una a la otra. El rechazo a cualquier tipo de epifenomenalismo –sea colectivista, donde la agencia es una variable dependiente de las estructuras, o el individualista, donde en cambio el elemento pasivo son las estructuras– o a la dualidad promulgada por Giddens –donde agencia y estructura se comprimen inseparablemente– se asienta en dos supuestos: uno, informa que la estructura precede a las acciones que transforma; el otro, señala que la elaboración estructural es posterior a tales acciones. Así, el núcleo propositivo consiste en destacar que cada una tiene su propia temporalidad: “Las estructuras (en tanto entidades emergentes) no son solo irreducibles a las personas, las anteceden, y las personas no son marionetas de las estructuras porque tienen sus propias propiedades emergentes, lo que quiere decir que, ya sea reproducen o transforman la estructura social más que crearla” (Archer, 2009: 115). El dualismo analítico se complementa con el enfoque morfogénico configurado para efectuar análisis social práctico. Pese a su denominación, contempla tanto la morfogénesis –procesos que tienden a cambiar la forma o estado de un sistema–, como la morfoestasis –procesos que tienden a mantener a un sistema complejo sin modificación. Concisamente, el enfoque propone examinar cualquier problema empírico según un ciclo compuesto por tres fases: a) el condicionamiento estructural, involucra propiedades sistémicas emergentes de acciones pasadas, que tienen influencia causal sobre la agencia futura, sea constriñéndola o habilitándola; b) la interacción social, que está condicionada por las estructuras pero no plenamente determinada estas, pues los agentes poseen propiedades emergentes irreducibles y ocupan diferentes posiciones sociales; y c) la elaboración estructural, es resultado de consecuencias no buscadas de actividades de diversos grupos sociales que puede derivar en la reproducción o modificación de las estructuras. Luego, el ciclo se repite.

CONCLUSIONES

En este trabajo hemos identificado diversas maneras de reflexionar sobre el vínculo conceptual que se entabla entre dos polos, en principio enfrentados. Al ampliar el campo de observación, y contemplar el tratamiento de distintas tensiones, expusimos los fundamentos que dan forma a nuestra herramienta analítica, la concepción general, a la que hipotetizamos como un rasgo identitario de los programas en cuestión. Luego, formulamos una tipología de tres categorías –monismo, integración y dualismo–, que ofrecen vías de acceso alternativas para problematizar tensiones.

En vista del tratamiento de las tensiones, consideramos que en el programa de Touraine predomina una concepción general monista que privilegia la acción como principio rector. En relación con la T1, este entiende que es a través del sujeto que los individuos se convierten en actores –individuales o grupales– autónomos y responsables, que dejan de estar ligados a la lógica de la sociedad para descubrir por sí mismos el sentido de sus acciones. En la T2, el investigador no se limita a comprender el sentido de las prácticas, además avanza con propuestas para modificarlas. Tal vez en este punto el monismo puede ser puesto en cuestión, pero en su defensa, podría argumentarse que, si el investigador da cuenta de las condiciones en las que emerge el sujeto y los individuos se apropian de su hipótesis, el conocimiento se identificaría con la realidad. Respecto a la T3 considera que, al encontrarse intrínsecamente ligada a los valores, la socio-

logía debe postular juicios éticos que defiendan los derechos humanos fundamentales. En función de su coherencia interna en el tratamiento de las tensiones podemos hipotetizar que el monismo constituye un rasgo identitario de su programa.

La concepción general de Bourdieu ejemplifica una concepción general integradora. Su programa se caracteriza por el afán de evidenciar que las tensiones son artificios que obstaculizan el análisis de una realidad social que ya se encuentra integrada. Esto se expresa en la T1, en una teoría de la práctica que supone la complicidad ontológica entre habitus y campo; en la T2, en un intento por nivelar el realismo del conocimiento con la realidad histórica de su construcción; y en la T3, al orientar la sociología hacia el objetivo político prioritario de desenmascarar las distintas maneras en que se ejerce la dominación. En líneas generales, la concepción general parece resolverse de manera coherente a lo largo de las tensiones consideradas. Eso no implica que, en discusiones particulares, sea pertinente revisar si existen posicionamientos poco equilibrados entre los polos. En este punto radican algunas de las críticas que señalan que su perspectiva teórica favorece uno de los polos, al inclinarse hacia cierto determinismo estructural. Estas críticas son, sin duda, atendibles, justamente porque nos dirigen a repensar aspectos problemáticos de una concepción coherente con la integración. Para aportar a ellas, se nos impone la pregunta sobre por qué Bourdieu no avanzó hacia la elaboración de una teoría de la sociedad que especifique cómo se integran los distintos campos del espacio social.

En Luhmann, por su parte, impera una concepción general dualista, con predominio de la diferencia. En la T1, remarca que es el observador quien introduce el nivel de análisis que identifica el sistema para su descripción, ya sea porque se pone el foco en el pensamiento o la comunicación; en la T2, que el conocimiento se construye por falta de acceso inmediato a lo real, sin por ello caer en un idealismo inmaterialista, ni obstruir la pregunta por las condiciones del mundo que hacen posible la cognición; y en la T3, que la observación sociológica debe distanciarse de los posicionamientos críticos para maximizar su capacidad descriptiva. En términos de coherencia interna argumentamos que la dualidad, su rasgo identitario, es más consistente en las primeras dos tensiones. En T1, deja abierta la posibilidad para analizar procesos paralelos entre sistemas psíquicos y sociales, lo que, en vistas de la concepción, revaloriza esta línea de indagación para la comunidad de investigadores que continúan su legado. Por otro lado, la manera en que la T2 trata el vínculo entre constructivismo y realismo nos sugiere un incentivo para no optar por lecturas que pretendan su integración o superación, ni tampoco recaigan en excesos anti-realistas. Distinto es lo que ocurre en la T3, ya que la limitación a la descripción deja poco margen para explorar la vía crítica. La pregunta que se nos plantea es si esto se debe a un rasgo idiosincrático a revisar para dar con un programa más coherente, y si no corresponde también explorar en qué otros aspectos de la teoría se introducen limitaciones por las mismas razones.

En el siguiente cuadro resumimos nuestros análisis:

TABLA 1: Resumen

	MONISMO	INTEGRACIÓN	DUALISMO
TENSIÓN 1	AT: El individuo se convierte en actor por vía del sujeto	PB: Complicidad ontológica habitus y campo	NL: Diferencia sistemas psíquicos y sociales
TENSIÓN 2	AT: método de la intervención sociológica	PB: Realismo del conocimiento y de sus condiciones de construcción	NL: Constructivismo operativo radical sin solipsismos
TENSIÓN 3	AT: Sociología ética	PB: Compromiso con la visibilización de la dominación	NL: Post-humanismo y anti-normativismo

(AT: Alain Touraine; PB: Pierre Bourdieu; NL: Niklas Luhmann)

FUENTE: Elaboración propia

Con el objetivo de tratar cada concepción sin la restricción de referirnos a un único programa, extendimos el análisis de la T1 a otros autores. Para el caso del monismo atendimos a las concepciones de Dubet y Martuccelli, quienes también se inscriben en el polo del actor, enfrentándose abiertamente al del sistema, y comparten el diagnóstico de Touraine acerca de la obsolescencia del marco categorial de la sociología clásica. Sin embargo, ambos exhiben una mayor apertura a incorporar conceptos tradicionalmente asociados con el polo sistémico; por caso, cuando Dubet insta a vincular las lógicas de la acción con las del sistema y Martuccelli a configurar una macrosociología a escala del individuo. Para la integración, contemplamos los programas de Giddens y Ritzer, constatando un interés común por sintetizar polaridades. Aunque los términos que emplean no son los mismos, podemos argumentar que esta concepción similar los condiciona a examinar cierta circularidad de los mecanismos causales, sea entre *habitus* y campo para Bourdieu, acción y estructura para Giddens o los niveles analíticos micro y macro de la realidad social para Ritzer. Finalmente, a diferencia del dualismo de carácter operativo planteado por Luhmann, Archer expone un dualismo analítico, asentado en la plausibilidad de separar agencia y estructura en virtud de sus propiedades emergentes. No obstante, vale considerar que se trata de un recurso metodológico que se nutre de una ontología realista, que hace menos defendible la posibilidad de generalizar su dualismo. Por supuesto, queda la tarea pendiente de extender el análisis a todas las tensiones e identificar convergencias y divergencias entre estos programas.

Para culminar, en función de los resultados obtenidos presentamos una breve evaluación de la propuesta. A diferencia de los ejercicios teóricos interesados en establecer el posicionamiento de un programa respecto a tensiones particulares, el nuestro hizo foco en su concepción. Al evaluarla, consideramos que se trata de una herramienta especialmente útil para estimular comparaciones, al interior de cada programa –permitiendo examinar su coherencia interna– y entre distintos programas –ofreciendo un criterio de sistematización. Estos usos resultan ventajas con respecto a otros ejercicios teóricos similares. Por ejemplo, Johnson (et al., 1984) efectúan una clasificación que cruza dos tensiones referidas a la naturaleza de la realidad social (material/ideal) y a cómo se la conoce (nominal/real), arribando a cuatro modalidades de hacer teoría. Nuestra conceptualización, en lugar de arribar a una tipología limitada, se encuentra abierta a la consideración de múltiples tensiones. Otro caso es la compilación de Jenks (1998), en la que se exponen veintitrés pares de ideas fundamentales en la discusión sociológica, renunciando explícitamente a establecer condicionamientos mutuos entre ellas. En contraste, entendemos que nuestro trabajo sí ofrece un criterio para vincular tensiones.

En cuanto a futuras líneas de trabajo, nos importa revisar la posibilidad de emplear la herramienta con otros modos de ordenar las discusiones, más allá de la idea de tensión, que supone dos polos enfrentados, sin negar que este tipo de construcciones son especialmente útiles para relacionar, distinguir y comparar supuestos programáticos, razón por la cual, su empleo ha sido constante en el pensamiento sociológico (Dawe, 1970; Jenks, 1998; van Krieken, 2002; de Ipola, 2004). Una opción sería utilizar la noción de forma, en el sentido de Spencer Brown: en lugar de dos polaridades, se plantearía un término y su negación, por ejemplo, distinguiendo entre individuo y no-individuo, sin hacer referencia a un segundo término específico, sociedad, estructura, sistema, etc. Aunque siguiendo esta opción podría alcanzarse un mayor nivel de abstracción, consideramos que dificultaría el planteo de controversias, ya que requeriría emplear mayor cantidad de posiciones, resultando en un espacio de discusión menos integrado. Otro camino sería el de explorar tensiones de tres términos, en lugar de dos, escenarios que se presentan en el campo de las metodologías de las ciencias sociales contemporáneas, donde a la

clásica distinción entre diseños cualitativos/cuantitativos se le ha sumado la consideración de lo computacional¹.

Por último, corresponde poner en cuestión el carácter apriorístico que introduce nuestra tipología, dado que las tres concepciones generales se plantean previo al examen de los programas seleccionados. Varios referentes de la sociología sistemática (Ritzer, 1990; Fuchs, 1991) advierten que este tipo de conceptualizaciones tienen un valor limitado, ya que parecen imponerse sobre las teorías, sin ser producto de un análisis que las trate como referente empírico, ni aclarar el origen de sus tipologías. Pero, en defensa de nuestra conceptualización, entendemos que, más que un marco apriorístico, se trata de categorías condicionadas por la manera de preguntar que especifica las dos tensiones. La validez y utilidad de nuestra tipología deberá ser puesta a prueba en análisis concretos y específicos sobre distintos programas y con otras tensiones.

REFERENCIAS

- Archer, M. (2009). *Teoría social realista: el enfoque morfogenético*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Becerra, G. (2018). La epistemología constructivista de Luhmann. Objetivos programáticos, contextos de discusión y supuestos filosóficos. *Sociológica (México)*, 33(95), 9–38.
- Becerra, G., y Castorina, J. A. (2018). Towards a Dialogue Among Constructivist Research Programs. *Constructivist Foundations*, 13(2), 191–218.
- Becerra, G., y Castorina, J. A. (2023). Hacia un análisis de los marcos epistémicos del big data. *Cinta de Moebio*, 76, 50–63. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2023000100050>
- Bourdieu, P. (2001). *El oficio de científico*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2002a). *Intervenciones políticas. Un sociólogo en la barricada*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2002b). *Lección sobre la lección*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P., y Passeron, J.-C. (2009). *Los Herederos. Los Estudiantes y la Cultura*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P., y Wacquant, L. (1993). *An Invitation of Reflexive Sociology*. Polity Press.
- Castorina, J. A. (2022). Los supuestos filosóficos en psicología del desarrollo: ¿Metateoría o marco epistémico? *Revista de Psicología*, 140. <https://doi.org/10.24215/2422572Xe140>
- De Ipola, E. (2004). *El eterno retorno: acción y estructura en la teoría social contemporánea*. Biblos.
- Dawe, A. (1970). The Two Sociologies. *The British Journal of Sociology*, 21(2), 207. <https://doi.org/10.2307/588409>
- Díaz-Bone, R., Horvath, K., y Cappel, V. (2020). Social Research in Times of Big Data. The Challenges of New Data Worlds and the Need for a Sociology of Social Research. *Historical Social Research*, 45(3), 314–341. <https://doi.org/10.12759/hsr.45.2020.3.314-341>
- Dubet, F. (2006). *El declive de la institución*. Gedisa.
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Editorial Complutense.
- Fuchs, S. (1991). Metatheory as Cognitive Style. *Sociological Perspectives*, 34(3), 287–301.
- Giddens, A. (1991). *La constitución de la sociedad*. Amorrortu.

¹ La literatura epistemológica reciente de este campo parece optar por 3 diagnósticos: el predominio de uno de los tres términos que descartan los demás –como sostienen quienes equiparan lo computacional con lo cuantitativo (e.g., los desarrollos que Kitchin (2014) y los vincula a un rebrote empirista–, señalar a uno de ellos como la síntesis de los otros dos –como argumentan quienes ven en lo computacional la oportunidad de superar divisiones metodológicas perennes (e.g., Díaz Bone et al., 2020)–, o remarcar las diferencias entre los tres –como manifiestan quienes asumen que lo computacional habilita a nuevos objetivos, tales como el modelado o la simulación de teorías sociales–.

- Giddens, A. (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Amorrortu.
- Giordano, P. (2018). Realidad y ciencia en el realismo analítico de Talcott Parsons y el constructivismo operativo de Niklas Luhmann. *Revista Española de Sociología*, 27(1). <https://doi.org/10.22325/fes/res.2018.1>
- Giordano, P. (2021). Contribuciones ontológicas y epistemológicas de la teoría luhmanniana del observador. *Revista Mexicana de Sociología*, 82, 801–830.
- Giordano, P. y Becerra, G. (en prensa). Integración y dualismo: concepciones generales para tratar tensiones en las teorías de Pierre Bourdieu y Niklas Luhmann. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*.
- Jenks, C. (1998). *Core Sociological Dichotomies*. Sage.
- Johnson, T., Dandeker, C. C., y Ashworth, C. (1984). *The Structure of Social Theory. Strategies, Dilemmas and Projects*. Macmillan Publishers.
- Kitchin, R. (2014). Big Data, new Epistemologies and Paradigm Shifts. *Big Data & Society*, 1(1). <https://doi.org/10.1177/2053951714528481>
- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. LOM editores.
- Martuccelli, D. (2009). La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas. *Papeles Del Ceic de La Universidad Del País Vasco*, 2, 1–31.
- Martuccelli, D., y Singly, F. D. (2012). *Las sociologías del individuo*. LOM editores.
- Luhmann, N. (1973). *Ilustración sociológica y otros ensayos*. Sur.
- Luhmann, N. (1990). The Cognitive Program of Constructivism and a Reality that Remains Unknown. En: W. Krohn, G. Küppers, y H. Nowotny (eds.), *Selforganization. Portrait of a scientific revolution* (pp. 64–86). Springer.
- Luhmann, N. (1992). El ocaso de la sociología crítica. *Sociológica*, 7(20).
- Luhmann, N. (1997). *La ciencia de la sociedad*. Universidad Iberoamericana, ITESO, Anthropos.
- Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Anthropos, Universidad Iberoamericana.
- Luhmann, N. (2006). Cognition as Construction. En: H.-G. Moeller (ed.), *Luhmann Explained: from Souls to Systems* (pp. 241–260). Open Court.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. Herder, Universidad Iberoamericana.
- Ritzer, G. (1990). Metatheorizing in Sociology. *Sociological Forum*, 5(1), 3–15. <https://doi.org/10.1007/BF01115134>
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. McGraw-Hill.
- Touraine, A. (1969). *Sociología de la Acción*. Ariel.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Eudeba.
- Touraine, A. (2016). *El fin de las sociedades*. Fondo de Cultura Económica.
- Van Krieken, R. (2002). The paradox of the “two sociologies”: Hobbes, Latour, and the Constitution of Modern Social Theory. *Journal of Sociology*, 38(3), 255–273. <https://doi.org/10.1177/144078302128756651>